



El pedazo de pan blanco

Como cada semana, **Mamá Margarita** tomó una buena cantidad de harina de trigo. Colocó en su interior un puñado de levadura y una cucharada de sal. Mezcló todo con agua tibia. Formó una pasta blanca. La amasó sobre la tabla de la artesa. Canturreaba con alegría una vieja canción.

Esperó hora y media. La masa fermentó y creció... Finalmente la dividió en tres porciones iguales. Con la habilidad que otorga la experiencia, moldeó tres hogazas. Así fue como comenzó mi vida de pan blanco.

Me asustó el fuego del horno, pero valió la pena. Una costra crujiente y dorada defendía la abundante miga blanca y esponjosa de mi interior. Me habían dicho que mi existencia sería efímera, porque es breve la vida de las hogazas que nacen en los hogares donde hay niños.

Margarita me tomó al día siguiente. Con el cuchillo trazó una cruz sobre mi base... y cortó un pedazo grande y generoso. Luego llamó al más pequeño de sus hijos y le dijo: "**Juanito**, aquí tienes el pan del almuerzo. No olvides dar gracias a Dios. Y vigila a la vaca cuando llegues al prado".

Minutos después salí de casa acomodado en el zurrón de Juanito. En breve me convertiría en su almuerzo. Le sentía estirar del ronزال que la vaca llevaba atado a sus cuernos.

Me hallaba enfrascado en estas reflexiones cuando escuché la voz de otro niño y el mugido de otra vaca. Agucé el oído. Juanito compartía trabajo con otro chiquillo pastor.

Por fin Juanito me sacó del zurrón. Sentí el calor del sol. Me dispuse a alimentar a mi pequeño dueño. De pronto observé cómo el otro niño repetía el mismo gesto... Él también sacaba de su alforja una rebanada de pan... pero aquella rebanada era de un oscuro y pobre pan de centeno. Me llené de orgullo. Yo era más esponjoso, blanco y apetecible que aquel pan negro y apelmazado.

De repente mi orgullo se tornó estúpido: Juanito me estaba ofreciendo a su compañero. Mostrándome, le proponía con decisión: "¿Quieres que cambiemos nuestros pedazos de pan? Tu pan negro es mejor y me gusta más". Unos segundos de silencio. Una leve duda. Finalmente, el intercambio.

Me sentí humillado. Hasta los niños de estas aldeas saben que el pan de harina es mejor que el de centeno... ¿Por qué Juanito me sometía a aquel desprecio? Contuve una lágrima de rabia.



Pero mi rabia se transformó en alegría al sentir la mirada entusiasmada del compañero de Juanito. Con sus manitas endurecidas por el trabajo me acercó a sus labios: depositó sobre mi cuerpo de miga blanca un beso pequeño, agradecido y callado.

Antes de perderme entre los dientes de su boca menuda, observé a Juanito. Nos miramos durante unos breves instantes. Sonreímos con la sonrisa cómplice de quienes caminan juntos por los senderos de la generosidad.

 **José J. Gómez Palacios**



Nota: 1822. Juanito Bosco tiene siete años de edad. Lleva la vaca familiar al prado. Allí se encuentra con Segundo Matta, otro niño que también saca su vaca a pastar. Juanito cambiará generosamente, -durante dos primaveras-, el exquisito pan de trigo de Mamá Margarita por el pan negro de centeno de su amigo. (Memorias Biográficas I, 88).